

Fragmento de novela

LAS FLORES DEL NARCISO

Fernando Noel Winfield Reyes *

Ordenó que abrieran las ventanas.

La tarde se dejaba caer en el silencio prolongado que muchas veces habría de ser roto por un bostezo, por el jamelgo que desde la cerca se despabilaba o el aullido, errático y tedioso del temor del guardián.

Un enjambre de moscas hacía mala circunstancia a la araña de luz, con sus ínfimas y numerosas vidrierías labradas. Esa candela elegante encendía así tramos inadvertidos entre las sombras profundas que poblaron los muros enlucidos.

Las moscas también volaban, describiendo por los confines escasos un cuerpo mal congregado que, aunque procurando la impasibilidad, forzaba su espanto en manotazos y signos enfadosos de diecisiete extremidades. Pues por cada mosca que huía por la ventana, entraban diez.

El insuflor mortuorio ahogaba la reunión.

A lo lejos se quedaba una hebra quieta de horizontales cenicientos. La playa, distante.

Las nueve mujeres se hallaban dentro de un sauna creciente de aflicción. Cada cuerpo lloran-

* Facultad de Arquitectura, zona Xalapa. Xalapa, Veracruz.

do por todos los poros del odio y las desdichas de un purgatorio en extinción.

El tiempo de la Orden del Silencio.

Las puñaladas traperas a ésta y su santo infame. El reclamo definitivo con que por fin abolían los excesos del hombre de todas y ninguna: Dionisio.

Como si una destrucción lánguida se fuese apropiando del cuerpo presente.

“Todavía respira”, dio a entender una mujer que hacía las veces de patrona. Sin quererlo, otra gimió.

El velatorio ardía de moscas. Una mujer iba encendiendo, ya sin afán alguno, los cirios y las velas rondando al difunto que no duraban ni un instante en flama por las moscas que las apagaban chamuscándose las alas, como impidiendo el ritual ya de por sí alargado, para retardarlo aún más.

Ese cerco de ceras y pabilos era la certeza de saber que el velado finaría. Que no lo traspasaría, que el redil lo garantizaba, lo guardaba, aunque para las concubinas la situación seguía latiendo al golpe estremecido del corazón de aquel hombre tendido allí.

Acaso el fin de esa tapia sucedida entre tantos cilindros blancuzcos y conos amarillos como un orden sin continuidad, alumbrando apenas un sitio al cuerpo macilento, en su fin significaría el momento último del martirio y un grito que las ansias contenían.

El muerto a supuesto sonreía de vez en vez, y entonces el aire de la sala se mudaba insuficiente; las mujeres resoplaban cubriéndose con el paño, intentando ahogar el sofoco, urdiendo una oración olvidada por pedazos con las manos asfixiándose bajo la ropa de luto.

La mirada seca y ambarina de la mujer más joven ordenaba, y aunque lentamente, el acato de las otras describía los actos esenciales. Su cuerpo ensayaba bajo el percal negro curvas pronunciadas. Estaba de pie, apreciando que su impaciencia mediaba entre la lucha de breves signos por el retorno del finante y la ansiedad asiduamente sepultada del resto de las mujeres.

La puerta chirrió y las moscas retornaron al festín del que nada probaban, sacrificando las llamas espurias de las ceras e infestando el aire de chillidos aleteando, caóticos y voluminosos granos que entrechocaban con la asistencia, enloquecidas.

Por ahí alguna se detenía en un sollozo. La última de sus mujeres era ya la primera. Como él siempre insistía.

Imaginó inútilmente que el silencio estuviera entre ellas. Que al cabo todas, menos ella, morían de tos y sin nada que poder agregar. Nada que decir. Pensó turbiamente que la lucha sólo le pertenecía, pero la abominación guardada que con todas compartía la fortificaba erigiéndola. Así, ella ordenaba. Salió al patio de arena sucia. Caminó por el establo y no dejó que el perro la husmeara. Su falda negra, deliberada y larga iba arrastrando cardos. Por un rato pudo reconstruir aquella barda que él acomodaba de piedras grises y lisas, el sudor que la aclamó desde dentro en evidencias, nombrándola, llamándola, en el hilo de lejanía, allá, del mar, vago, rendido a un cielo que casi tocaba la tierra. Un día de verano donde la premura del amanecer desapare-

cía abrasadora y confusa. Y la barda creciendo como un individuo inerte entre ambos, subiendo. Y en ella un miedo de requerirse. La memoria cascabel; amarga. Cenizas.

Una mujer la volvió por el hombro, desbaratándola virtualmente. Le hizo entender que el hombre seguía allá, y que dos mujeres y luego otra se desmayaron.

Hubo entre ellas una mirada de rencores, encegueciéndose.

La mujer joven apretó a la otra en el brazo, como si con su mirada de ámbar desteñido quisiera borrar el rostro ajado que en frente tenía. La otra susurró y cayó de rodillas a la arena, desmayándose en súplica.

Cuando después la mujer joven se retiró dejándola en lastimosa postura, por la mezquina cabellera cana las moscas ondulaban irrespetuosas.

Para eso del filo de la medianoche, en el cuarto del velorio de lívidas incandescencias, con las moscas apaciguadas alrededor, alguna mujer se puso a observar detenidamente al moribundo, ya sea para distraerse o para conjurarse por un juicio próximo que le diera valor al lastre de ese acto y, de tantas horas, interminable. Entonces dio a entender con señas, con un tumulto de manotazos en el momento de calma cansina, que el hombre, muriéndose a ratos, le colmaban cuatro pústulas cerca de la boca, oleaginosas y sin todavía hacerse una.

Cuando el afecto de muchos años parecía vencer a una mujer de cara redonda y repleta de lunares cenicientos, tratando de tomar y socorrer la mueca del velado, las mujeres le fueron encima, apartándola con un gemido y un golpe violento.

El hombre tosió sin ansia y susurró algún reclamo ininteligible.

La mujer más vieja apareció en el marco de la entrada, con la cabellera sucia de arena y sangre, sorprendiendo a más de una en un sonido gutural de asco. Les dio a entender que la regla del silencio había sido rota, y arrojó al guardián inerme y apaleado encima de las rodillas del moribundo, como diciéndole: "Eso eres".

El hombre congestionó lentamente una facción de la mejilla verdácea.

El perro guardián tenía una cuenca vacía de ojo y llena de sangre endurecida, el vientre deshecho, los miembros atados, las mandíbulas desencajonadas sobre sí, pretextando un suicidio sobre sus propias encías. Tenía crispadas las uñas cual puñales inofensivos. Ni luchó por defenderse, supieron todas, sin creerlo quizá, que se dejó matar. Ahora una vela le quemaba la pelambre grasienta, y su fardo territorio sepultaba cuatro velas y veladoras apagadas. Un río de plasma le corría desde el único ojo bueno hasta la nariz, ya de a tiro irreconocible.

Otra mujer dio a entender que lo sacarían a enterrar por ahí, cerca de la barda de piedras, bajo la palma que ya ni sombra daba.

Mientras el guardián era sembrado, las moscas parecieron distraerse y aun

liberarse del cuarto del silencio, siguiendo la procesión de nueve mujeres que salían al terreno con la bestia martirizada.

El rato escaso que pudo durar aquello, no cejaron ante la amenaza de la pala de madera. Ya ignoradas, andaban despreocupadas por los rostros difusos y dormidos, en una atrición que escapara los bordes del mal sueño.

Mientras las moscas se aquietaron en esa suerte de aceptación tácita y sin el manoteo de las mujeres, el código común de sus entendederas, en el cuarto del silencio estaba al cuidado una mujer que, de tanto fingir demencia año tras año, terminó por habituarse a la sinrazón y efectiva insensibilidad de las circunstancias, fuera del laberinto ruinoso de su mente. Sonreía a la sazón por el incidente del perro; en esa sonrisa cabía un temor inescrutable.

Mientras sonreía por fuera, en su interior se debatía algo así como un mecanismo desatado de relojería que maquinaba un tiempo frenético, un tiempo eterno de justas con las horas, con la fecha que le mostraban los soles o la noche negra, que sin embargo no cambiaba nada en todo lo que estaría por suceder. Su mente, errabunda para siempre, había hecho un corazón empedernido en un juicio oscuro.

Mientras las mujeres afuera rezaban informe letanía con los ojos exhaustos de tanto mirar al animal fragmentado, pero en realidad uno solo, la quimera deslumbró ese instantero y algo quebró esa eternidad de causas en su desmemoria. Una mosca caminaba por su boca abierta en el suspenso de la risa del tiempo. Vino como un viento dudoso y repentino aquel beso del hombre que ahora se revolvía estérilmente sobre el lecho y las guadañas abiertas de una figuración donde la piel, dura y hasta rejuvenecida, fue la de la muerte.

Durante la confusión sorda de alegría y el recuerdo, la loca regresó a la sala, sin ser advertida mientras las moscas y las mujeres y el vivo difunto, inamovibles, eran un parpadeo inextinguible sin lapso ni hora, trayendo de la covacha, en sus manos, un bote de chapopote, y pintó primorosamente las propias del difunto.

Pero mientras se afanaba, el lapso fue roto por un rumor en procesión de retorno. Fue hallada por ojos desacomodados y exigentes.

Descorrido el mediodía, con un sol de hambre y sopor fijo, las mujeres por fin dormitaban.

La mujer más joven cuidaba el sueño, espantaba sin decisión a las moscas y reincendiaba los cabos infinitos, de tanto en tanto más chaparros.

Un femenino elefante con medias negras despertó. La mujer más joven ordenó entre las arrugas recientes del cansancio a ésta que cerrara las ventanas. Cerrándolas, ese abultado remedo de pocos rasgos de mujer, apartó los ojos hacia la loca, amarrada boca arriba en una mesa, con las enaguas cayéndole hasta las rodillas, enseñando la pantorrilla peluda.

La gorda se compuso las medias oscuras y miró al moribundo, odiándole sinceramente.

Las velas se apagaron poco a poco.

La última cerilla restalló entre los gruesos dedos y quiso quemar el chaleco

Fotografía

Serie *El observador*

Fernando Mayolo López Guerrero



gris negruzco y la ola solferina que brotaba del pecho del finante a modo de corbata.

El humo llenó todas las habitaciones, se hizo mixtura atosigando los sueños agravados.

Entre los ojos gritabundos, una mujer de tono de harina en los gestos, todavía dormía, muy quitada de la pena, hasta que la proximidad con el hombre quemándose hirió sus enaguas con el cardumen de llamitas que le crecía en un torrente al género de luto.

El incendio hubiera seguido, pero no tenía más caso.

Eso fue lo que terció desafanada la mujer más vieja; después, con señas sordas, se permitió toser.

Dionisio se chamuscó. Quedó envuelto en un sudario negro y andrajoso. Sin pantalones. Con el cuello y el pecho y las manos tatemadas, un pegajo pardo de carbón.

Le vino una de esas resacas memoriosas. Entre una neblina que todo lo disimula sin ocultar, fue dando con el difunto. Caminando por la cuesta de piedras calizas. Quizá entonces él vería la calle desnuda del pueblo fantasma con los mismos ojos verdemar que a su paso ebrio la encueraba. Así lo sintió ella, y en su soledad fue como sembrar hortigozas.

Tres días fue por agua al pozo que se encimaba sobre lo más alto a la cuesta de piedras calizas.

Al cuarto se cruzaron y él, sosegado bajo un sol gélido, iba golpeando las piedras con sus botas de minas, las mismas piedras calizas que ella dispensaba en deslices con sus zapatones chatos.

Luego ya no lo oyó. Justo cuando se decidía a voltear para mirarlo con el valor que provoca y busca complacencia. Sus ojos se le desperdigaron por la tapia enana de tepetates encimados y sucedidos, las piedras de la calle grumos duros y el sol restallando en las láminas del salón municipal como fuego albo que ardía en los ojos, en la mirada.

Por más que le parecía que el hombre la continuó por pasos escondidos, en ningún rincón lo descubrió. Se acordó del atajo que ella adrede pasó de frente con tal de que la persiguiera más rato.

Las casas se quedarían impasibles, pueblo sumiso, tiempo de yertitud y soledad, en tanto ella casi corría andando.

Sintió la misma muina de cuando uno despierta y el aire es un tufo a podrido de vertedero de sombras en la madrugada alta. Las náuseas también, cuando de retorno al presente, dos mujeres desparpajadas roncaban como cochinos enfermos ahí junto.

Clarisa, la hija del finante y de aquella mujer de silencios necios fallecida en algún meandro impreciso de su escapada, para ya jamás nunca tenida en

cuenta, nunca soñaba. Acaso por eso acabó por inventarse sus historias, sus crónicas sonámbulas o aquellos hilos de pensamientos torpemente urdidos. Sabía leer pero no escribir ni con pluma ni con lápiz. Tal vez sólo fuera apuntando algunos signos imprescindibles para aquello que quería y buscaba contar. "Son historias sin vida ni razón", podía darle a entender algún ánimo llevado a la conmiseración o el enfado insidioso cuando la cogían al vuelo de alguna cosa sibilina sobre gente que llegaba a lomo de veloces animalazos metálicos o que se apercebía de voces que canturreaban bajo el estigma de un disco prieto que giraba sin quererlo, a pesar suyo, en una caja que en realidad fuera el movimiento atrapado de la rueda de la infortunio en aquella loca que la admiraba con el brillo de la cera en los ojos, con la baba recostándosele en charquitos entre las encías y los dientes y los labios magullados, contemplándola en un éxtasis endurecido de tanta comedia estupidez.

Un día inventó esa historia que de mucho que le hallaban en el gusto la repetía seguido. O más que historia era una parábola, parecida a esas que leía al viejerío en el libro de letras minúsculas y rígidas, ejércitos del verbo de Dios en páginas interminables de un papel casi transparente, casi aire de amanecer:

Un narciso crece en el
desierto. Sus flores
perfuman el desierto.

Crecen junto a una
escalera que las arenas
cubren. Por eso esa
escalera nadie la podrá
subir sino hasta el fin
del tiempo.

Para nosotras el fin
del tiempo será acaso
nuestro propio fin.

Un tordo llega al
desierto.

Está solo. La soledad
se le hace dura y se
encuentra al narciso, o
mejor dicho, a sus
flores. Está cansado y
se le hace bueno,
desea quererlas. Su
amor es una locura.

Después de haberlo
intentado igual número
de veces sin que nada
sirva, sin espíritu, sin
cordura, sin afán, seco

como el desierto y con
sus alas cual si no las
tenga cayéndose en
dondequiera siempre, en
fin, hambreado, y cada
vez quedándose sin nada
y solitario, sabe que no
supo cómo cuidarlas y
darles amor, acaso
también por andar
persiguiendo siempre
algo que no se puede y
que ocurre será negado;
una planta que nació para
morir pronto, cuyas flores
serán segadas una a una no
se sabe por qué.

Las flores van muriéndose.
Se van secando y caen
marchitas.

En su resolución de tordo
de que vivan y regresen hay
un graznido ronco y negro.

De todas a todas, las
flores del narciso en el
desierto se fueron secando.

El tordo las mueve con el
pico, pero ya se pudrieron
y están feas, muy horribles.
Nada al cabo. . . El tordo se
deja morir, aventándose a
una desdicha que sólo él
conoce.

Cuando después del tordo
nomás queda el pico y los
ojos secos de tanto chillar,
allí crecen los narcisos
cual albas en una tierra
mejor.

. . . cochinos enfermos, pensó murmurando con los ojos menguantes. "El mal es un pasajero que se quedó entre nosotras".

A lo lejos, como llegándose y entrando por la cocina donde el fogón se apagó y permaneció tieso, oyeron el rumor igual al vaho de una gran boca difunteando.

Se volvieron al hombre. Como si apresuradamente alguien que no veían fuera a tomar agua.

Debajo de los labios reseco como por algún fuego extinto se le descubrían los dientes al velado, sus encías rudimentarias. Su rostro tumefacto de



vejigas en reventazón parecía la tierra de los mataderos de reses. Los últimos gestos verdeaban y de cierto, las moscas mantenían con aleteos de silencio ese asco primordial.

Llovía.

Como si el cielo trajera a recaudo un alma hastiada, aplastando arenas y sordinas interminables.

El hombre roncaba quedo por encima de los restos de la corbata solferino, hinchados los hoyos de la nariz. Eso las alarmaba. Porque tal fuera que el viento fétido que el aguacero reciente aventaba desde las rendijas del cuarto al interior de rezos, de un manantial de rencores lejano y mudo, meciendo la araña de luz cegada, repleta de diminutas sombras vivas, inflaba al moribundo, plenándole a un bramido de becerro que sale de la barranca, un atolladero o el cauce crecido de un río inverosímil, negro, frío.

Las entendederas de todas las concubinas y la hija única, de una a una, buscaban alarmantes genuflexiones para calmarse.

“¡Dénle un sorbo de agua para ayudarle a bien morir, mírenlo!”

“¡Quiere revivir, ay, hagan algo pronto!”, desesperaba Tanasia.

Una mujer que casi siempre contestaba al apelativo de Albertina, medio sorda, sacó de la cómoda una carabina, un rifle de postas y un revólver plata moteado de pintitas de óxido por el desuso. Se guardó el revólver en el entreseno y apuntó con la carabina al pavor del cuerpo enlutado, falleciente sobre el catre sin colchón. Allí se la dejó encañonada, cerca del sobaco. Puso el rifle de postas entre los seis dedos de otra mujer.

Sonó la media tarde, con su media docena pasmosa de campanas, aunque la noche aprestaba ya su sitio entre la ceniza líquida que no acababa de llover.

Con ese pormenor y la media docena de campanadas tipludas del reloj enclaustrado al muro blanco, tal y como los globos de los ojos demayados de la Pepa, una mujer gordinflona, desabrida y sensible, ahuecándose hacia quién sabe dónde, en trinchera al insomnio de ocho días y ahora eso.

Se dejaron ganar y trasladar rumbo a la paz. Blanca tranquilidad de cirio sin llama ni humazón.

Ese resto de inmaculada claridad de los narcisos antes de secarse y caer.

Cuando el marrano gruñó despeñando un canto desvelado de socarronería, súbitamente recordaron, removiéndose entre un aroma unánime de pétalos marchitos y ácidos

La luna resplandecía intensa en la bandeja de abluciones, con la jícara medio hundida y a medio flotar, dentro.

Las mujeres se remolieron en un escalofrío. El sueño común se resquebrajó.

La luna segaba al parejo un desborde quieto de la sangre de los pecados

y los mártires entre los dieciocho muslos. Expiación que pareció principiar y enardecer el cuarto del velatorio en el quejido a coro de entrechocar de dientes y voluntades en rebelión. Una mortificación rápida en el mismo gemido irracional por todas las voces. El resquemor abrevando en las entrañas desfallecientes de las mujeres; el rito arcano de la luna, desaparecida hasta el olvido, apremiándolas a ese descenso abrupto y vértigo y caliente, denso, en alguna alucinación blanco e hiriente faro de helio que en el firmamento se implantaba, flujo incontenible de espeso y sacrificado vino de paz en ellas, vertido en lágrimas flagelantes y vaporosas, capilla ardiente donde cada una regaba incansable su sembradío de agua y purpúrea mixtura, donde todas llevarían corriendo las afluentes aflicciones abolidas, sacrificio que los ojos tiran por gruesos goterones prófugos sobre aquel charco en multiplicación derramado encima de los tabiques cuadrados del piso, aquella chorriada y confusa caterva contrita.

Las mujeres marchitas en sudor, sangre y lágrimas.

Y el silencio de la comunidad hasta antes tan celosamente guardaba todavía revoloteó en alguna conciencia obstinada frente a la crueldad, aparente, de los timbres atropellados a través de las primeras palabras.

Dionisio, muy dado a los excesos, así como a desdecirse, se afanaba por apostar cualquier cosa; o todo, con tal del reto y la emoción del juego taimado.

Una vez acaecida la suerte perra, ya rastrea o ya infiel, relamía sus bigotes güeros de gato de monte y detenía el sudor en un pálpito, escurriéndosele por la nuca, las costillas o la espalda al término del albur, dizque por el gélido sofoco del azar en cuestión.

Sus ojos de zafiro veían más allá de donde en realidad mostraba o fingía mirar.

Volviendo al principio, ni ganaba ni perdía consideración al vaivén de afortunados lances o pérdidas nada más que absurdas. Quizá memorara un tanto en esa casi indiferencia, disponiéndose sencillamente a más, tras agotar el gusto de las faenas azarosas.

Retornando pronto a nuevos temperamentos. Aquello le era el aire que se respira hasta la muerte.

Así se comportó siempre, así conservaría la continuación por la vereda de la vida.

¡Qué iba a imaginar que su viejerío, las concubinas de la Orden del Silencio le hicieran traición ahora, y las infames lerdas lo dejaban a medio morir! ¡Ni para eso hacían las cosas como se debe!

Aparte de desterrado de ese paraíso exclusivo donde se creyera recluso para el resto de la eternidad, lo condenaban a un suplicio que a esas alturas y día tras día de inmovilidad no sabía a justicia cierta cuándo acabaría. Un

sufrir sin grandes dolores o yugos físicos, sólo el enfado de tirria a estarse quieto como muerto apestado, entre el tedio y el olor espantoso de sus llagas y su carne quemada.

Y de vez en cuando, el susto de resurreccionar nada más por el propio y mero afán de joder.

Viejas . . . darle veneno. Porque él lo supo y se los dijo, y ellas negaron . . . Más tarde, darlo por muerto y preparar celerosas el funeral, y sin cajón, como si ni dignidad ni respeto les quedase para poner al sujeto de sus calvarios dentro de un estuche digno. Y luego . . .

Porque no le extrañó. Lo que sucedía desde el principio del velorio ya lo veía venir desde antes . . . sin decir nada . . . la pura y desganada fatalidad.

Tosió hasta donde pudo para escuchar entre sumbidos el revoltijo que armaba en las mujeres. Viejas cabrestas.

Se desvió del trecho en terracería que caminaba y agarró por una rodada de empinados cañaverales. De lejos le afloró el aire restregado, un olor a sebo y a puerco destazado. Por ahí cerca una cabra la miró con ojos desesperados.

La vereda circunvolucionando a través de huizaches y maizales secos.

Lo raro que acontecía era que, cuando con el mediodía el sol se marchitó cual si fuese un huevo aplanado y deforme bajo las líneas que viajan de poste a poste, se dejase caer una neblina dura y cerrada naciendo en las faldas del monte pelón. Ese oleaje parecido a una apretazón en el estómago, de tono gris apenas blanco.

Se le mudó revulsivo el fermento de maíz y aguardiente agriando la tierra, y sin ver más, acurrucado e ínfimo, volvió, vomitó otra vez.

De todo esto, no sabía por qué, se acordó.

De todo eso se acordó cuando de a de veras regurgitaba la cena de cuatro noches atrás. "¡Ai les va su veneno, viejas . . .!" Una mujer que reconoció en un graznido lastimoso de ansia y asco se retiró a trancos. Su paso bamboleante y pesado atropelló muebles y aplastó la masa inútil de cirios y candelas. Reconoció a la mujer más vieja.

La más mujer. Y quiso reírse y no consiguió más que lamentarse furiosamente hacia adentro, con una satisfacción de cansancio y recuerdo.

"Me voy a morir, y aun muriendo, todavía recuerdo . . ."

"Como lepra la llevo sobre el cuerpo y la piel, las entrañas y las manos y la boca . . . y ya ni sé por qué tiene que ser así, por qué será; digamos que ella se vestía de querer y de renuncia desde aquella ocasión que nos sembramos entre la neblina, ella sin saber que la neblina se le resbalaba por todo el cuerpo y su ser como borrarla a trechos, como dándomela a tenerla y tocarla sin decir nada, traspasarla de una fe ardorosa y al mismo instante, negándomela y ocultándola, allí donde más la necesitaba mirar, en sus ojos tiernos. Creo yo como placer de ciego, que nada más agarraba sin poder mirar ni conocer qué o dónde. Ella diciendo que yo estaba embriagado, pero



de verdad yo quería saber dónde estaba, si en un sueño que se resistía y se me iba como si allí la persiguiese, pues se me perdía y esclarecía un rostro inconforme y variado aunque la tuviera asida por el brinco o la grupa. Leyenda y enfermedad que no se dice. . . . sí, como enfermedad, cólico y caliente desánimo. . . .”

“La tuve no sé cuántas neblinas, hasta que me dijo que la trajera a vivir conmigo, pese a todo; pese a que tuviera mujer y a mi hija. Pero ni eso le aplazó el fervor. Y se vino para siempre conmigo”.

Esto es, fue la segunda.

Ella se desvió hacia el tramo de terracería bajo la impresión de un viaje redondo y presuroso.

El aire traía la hediondez del puerco recién muerto, el que comería luego todo el pueblo, inclusive ella.

Se supo ante el desvalido irse hacia donde él ya la esperaba. La niebla se extendía desde el cerro rabón como un brote revuelto con la peste a animal hirviendo.

Sintió calor y quiso colmar la sed con buches de su propia saliva.

Ya después él apareció apretándola en sus ojos fijos y negroazul. Le ciñó la boca y la cadera y la espalda. Le bebió la poca saliva y se arrojaron a una acequia donde se estancaba el agua de lluvias y parte del paso del río. Como un pecado esperado y entonces ya maduro, del que su hermana preguntaría a la evidencia de las enaguas mojadas describiéndola en lodo por la tarde.

Mas sin embargo, él supo cómo tomarla, despacio, sin apuro.

Cual si desde luego compartieran el mismo licor suave y espeso a la misma boca.

Todavía ocho días atrás de entonces le dijo riéndose entre copas verdes mientras no le apuraba el traste entre las manos, guiñándole las recientes cejas espolvoreadas de harina plateada que sí, que ella, Camila, era y seguiría siendo hasta después la más vieja. . . hasta que la muerte los separara, la más mujer.

Porque era ella, torpe en su andar sin ritmos, la yegua que se deja jinetear y es querida.

Hasta que caiga el ocaso.

Ruede el aire ya quieto por las piedras.

El primer gusano se retuerza en el hallazgo del cadáver nuevo. La noche se desparrama como un licor de oscuridad ebria, infunda el desasimiento y el olvido, bálsamos, y las penas sean acaso nada. Brote el tiempo, compás de lentitudes.

Se venga encima. Conciencia a que despierta el cuerpo dormido. Incipiente resurrección evocando las trazas de aquel sueño completo, roto ahora. O

última hoja que ha sobrevivido al día. Ciertos están los ojos de cansancio en el tránsito de siempre; los oscuros objetos mismos.

Deje venirse y lama de poco a poco los huecos que la sombra no tocaba. Sol flamígero y minúsculo, línea de fuego, pavesa.

Cae la noche y la intempestiva sonámbula reptante por el cuadro gris de la habitación que redondea. Sus pies como saurios que prenden cada bloque y cada fisura. El hábito irreconocible por la flagelación del encierro del día recorriendo como un velo pasmoso la nupcia con el cielo tuerto.

Su cola fea y visceral. Un asomo de desamparo apasionado en sus ojos como castañas enmohecidas. La lágrima escamosa que le roe los pómulos y más allá, en hondonadas que desfiguran su risa.

Rasguña los palos que cercan la ventanilla del calabozo, como quien abre con las uñas y a arañazos el fango para respirar el aire escarbado de negrura y alivio.

Cesa la tarde y la asfixia del cuerpo sahumado de ingenuos y prófugos hedores.

La monja olvida sus sarnas de multitud congestionada en el cabello y la piel, quita cada palo y tiembla.

Su cuerpo se escabulle, cede, sale abriendo paso con sus miembros por una queja olvidada.

Se arrastra con su humanidad exprimida.

La noche se halla como paisaje tosco de paja y arcilla.

Aparece un reptil suficientemente grande y asustadizo que nerviosamente arrastra los muslos de hueso, los pechos escurridizos como alforjas vacías y curtidas, las manos de dedos apeñuscados y rígidos, la melena, a través de la tierra dura.

En el chiquero la bestia la recibe con un gruñido amoroso.

La noche declinará con el sol encimándole la claridad a la luna rejega.

Y antes de recordar que tendrá que ir a un claustro lejano, la monja es recluida a su pocilga. Las mujeres ya ni gritan. Hace tiempo que sus pupilas, como ventanas necias, ya ni se asombran.

El espanto y la contracción allí.

Quebranto, lamento. Evocación. Ir ensanchando de tibios fulgores, antes. Luego, esa belleza satisfecha, vertida. Reunión plenaria de los sentidos. Dádiva.